

Aquí pueden leer el Capítulo I de la novela *La justicia de Efraín Plaza Olmedo* (Ediciones Estrofas del Sur), de Alejandro Lavquén. Santiago de Chile, 2026 / ISBN: 978-956-6237-06-8

Los interesados en comprar el libro, en formato papel, pueden hacerlo en este link:

<https://tienda.estrofasdelsur.cl/wp/la-justicia-de-efrain-plaza-olmedo-impreso/>



I. Detención y primeras declaraciones

El juez ordena, el policía obedece, posee la llave de la celda y los acertijos. La puerta de metal rechina ante los sombríos rostros y la luz de una ampolleta deslavada.

—¿Estaba ebrio? —espetó el juez, apenas estuvo frente al detenido.

—No, no lo estaba fue la seca respuesta de Efraín Plaza Olmedo, mientras se tomaba la nariz aún ensangrentada, como queriendo volverla a su lugar. Fiero testimonio de los golpes, herencia de transeúntes y policías que lo apresaron.

—Mi nombre es Juan Bianchi Tupper, del Tercer Juzgado de Santiago, he venido a tomarle declaración por el doble crimen cometido, tome este pañuelo, su nariz sanará, pero no las personas a las que disparó ¿En qué diablos pensaba? No parece usted un asesino.

Turbia la celda, turbio los momentos, como la mente del que tima al timador, invariables las preguntas, invariables las respuestas.

—Cuando responda a mis preguntas, diga la verdad, no mienta. Toda mentira jugará en su contra. Esto debe tenerlo claro y se lo informo.

—Yo no miento, los burgueses mienten, son los culpables de todo.

—No tengo tiempo para tonterías ¿Qué burgueses? ¡Remítase a mis preguntas, es tarde y estoy cansado! —exclamó el juez, no pudiendo contener su molestia—. ¿Cómo se llama usted?

—Efraín Plaza Olmedo.

—¿Edad?

—26 años.

—¿Oficio?

—Carpintero. Pero también soy electricista y mecánico, trabajé un tiempo en las salitreras allá en Antofagasta y Taltal. Y he sido panadero.

—¿Lee?

—Sí, y también escribo.

—¿Dónde vive?

—Alquilo una pieza en calle San Diego, cerca de Cóndor.

—¿Trabaja?

—Sí, en la Barraca El Sol.

—Sol es lo que no verá en mucho tiempo si es que antes no lo fusilamos. ¿Por qué disparó? ¿Conocía a esos hombres?

—No, no los conocía, jamás los había visto, pero son burgueses, burgueses culpables, injustos burgueses.

Bianchi enfureció, tornándose de piedra su rostro y de fuego sus ojos. Gritó, gesticuló, encendió la noche.

—¿¡Vas a continuar con esas majaderías?! ¿¡Qué cresta pretendes?! ¿¡Me quieres ver los coquimbos?! —alzó la voz Bianchi, perdiendo totalmente la compostura.

—Yo no miento —replicó Plaza Olmedo, ofuscado, distante, latente, acomodándose en su silla y pidiendo un vaso de agua.

El juez accedió irónico, de mala gana, incómodo, mofándose del prisionero.

—¿Un vaso de agua burguesa para este infeliz !... ¿Por qué disparaste ?

—Por venganza, si se quiere entender así.

—¿Por venganza? ¿No me dijiste que no conocías a las víctimas? ¿Venganza de qué? ¿Cómo se puede vengar uno de gente que no conoce? Cuéntame todo desde el principio.

*

Plaza Olmedo no mentía, no tenía razones para ello, no negaba como niegan los negadores de siempre, como niegan los sicarios de la banca, los sicarios de la milicia y los tráfugas. Su mirada era clara, su corazón franco, su voz incólume. Convencido de cada palabra, sereno, sin perder la tonalidad del discurso, con la prestancia del que no teme. Quienes mentían, y así lo sufrían día a día los trabajadores, eran quienes gobernaban y dictaban las leyes en su propio beneficio. Esas leyes espurias que seguirían más allá del siglo XX permitiendo que unos pocos se apropien de lo que es de todos.

—Es cierto lo que le digo. Salí a la calle convencido de matar burgueses donde los encontrara. Mi acción es de honor y justicia, justicia por los años de explotación, a manos de

los burgueses, sufridos por el pueblo trabajador. Muertes innecesarias, fríos lapidarios, seres golpeados de cansancio y enfermedad, torturados de hambre. Torturados de abusos, de sudor y plusvalía, sin más norte que la indignación. Con la memoria activa, sin olvido, sin peste en el recuerdo. Miles de voces, sepa usted, aún sostienen la sangre de la Escuela Santa María de Iquique, lo mismo que las explosiones en la mina El Teniente de Rancagua. Muerte dentro de la muerte, clavada en el dolor de la pobreza, he ahí también mi dolor, redimido en la sangre de los burgueses. La justa venganza que no es otra cosa que la justa justicia.

—¿Pero estás loco? —balbuceaba Bianchi sin dar crédito a lo que escuchaba— ¿Acaso tomaste chupilca?

—Solo tomé un poco de coñac para darme fuerzas antes de salir a la calle. No tengo vicios de esa clase y he sido toda mi vida una persona respetuosa.

—¿Una persona respetuosa? ¿¡Te consideras respetuoso!?! Mira lo que has hecho, ¿Sabías a qué clase social pertenecían los jóvenes Joaquín Guzmán y Carlos Consolin?

—Escuché decir que eran pobres, no lo sé. Pero de ser cierto lo lamentaría, de lo contrario, de ser realmente burgueses, no lamentaría nada.

—¿Qué ideas las tuyas! ¿Pertenece a alguna sociedad anarquista o algo por el estilo? ¿Disparaste por encargo? ¿Alguien te instó a disparar?

—Tengo amigos y he asistido a reuniones de la Sociedad de Resistencia de Oficios Varios (SROV), pero solo hablar mal de quienes nos explotan no conduce a nada. Si no se pasa de la palabra a la acción jamás será erradicado el yugo que nos condena, jamás será extirpado de raíz.

El juez caminaba como ido, enjaulado, pensando para sí, manoseándose el mentón, explorando en sus acertijos.

—Jamás había tenido que interrogar a un loco de tu especie —dijo—. En estos momentos no sé si enviarte al manicomio o hacerte fusilar aquí mismo.

Efraín sudó de rabia, de voz, de justicia.

—¿No deberían estar en el manicomio o fusilados quiénes llevan décadas masacrando obreros por tan solo querer llevar el pan a sus familias, ganándolo con un salario justo?

—Si todos actuaran como tú lo has hecho hoy, ningún obrero podría mantener a su familia. Estarían todos presos ¿Qué pasa por la cabeza de un tipo como tú? Deberían dejar que las instituciones funcionen, es la única manera de sacar adelante a este país, hacer que la patria surja. No se justifica tanta protesta e improperios contra la autoridad. Menos los asesinatos.

Efraín alzó la cabeza, le brillaron los ojos como dos luceros, pensó en las salitreras, allá en el norte, en el trabajo de sol a sol, en las pulperías y en los azotes, en los cepos y el hambre, vomitándolo todo al oído de Bianchi.

—No perdamos más tiempo en cosas inútiles muchacho, vamos al grano ¿De dónde sacaste el arma? ¿Acostumbras andar armado? ¿Alguien te la dio?

—La compré para defenderme, salgo mucho al campo. La tengo hace tres años. No sé si disparé los cinco tiros del revólver.

—Ah, no lo sabes. Según los agentes llevabas además diez balas en el bolsillo ¿A cuántos hombres más pensabas asesinar?

Plaza Olmedo guardó silencio, bebió agua, viajó dentro de su mente, evocó, y un escalofrío le golpeó el pecho.

—No pretendía matar a un individuo determinado, sino a cualquier burgués que se cruzara en mi camino. Ya se lo dije y lo repito.

El furor invadió a Bianchi, el grito, la blasfemia, el acento rotundo y la balanza de la ley.

—¡Basta con eso! Investigaremos tu vida, tus amistades, tu subversión. No sería extraño que hubieses estado involucrado en el atentado terrorista del 21 de diciembre del año recién pasado. Mata las ilusiones, vendrá el juicio, las pruebas son contundentes, los testigos.

—No he negado nada, ni lo negable ni lo innegable.

*

El juez Bianchi abandonó las dependencias de la 1° Comisaría de Santiago, truculenta y lúgubre. Ordenó el cateo, el paso a paso en el domicilio de Plaza Olmedo, y pidió que fuese llevado a la cárcel pública mientras durara el proceso.

Al día siguiente —14 de julio de 1912— la prensa festinaba en sus portadas. Titulares lapidarios, henchidos de muerte y vesania. *El Diario Ilustrado* y *El Mercurio* encabezaban el espectáculo: “Agriado”, “Degenerado”, “Reflejo de maldad”, “Repugnante como reptil venenoso”, “Un chiflado que sale a matar”. Expectación total a la hora del comidillo social desatado entre el público que poblaba las calles céntricas. ¿Por qué?, se preguntaban al evocar al hombre que en calle Huérfanos, esquina de Ahumada, una de las más concurridas de la capital de Chile, sorpresivamente vació su revólver sobre los transeúntes. A simple vista Plaza Olmedo parecía una persona corriente. Era más bien alto y vestía traje oscuro y digno, perfectamente podría haber pasado por un funcionario público, de esos que navegan entre la reverencia y el deber. Tez morena, bigote grueso y facciones lozanas. Su físico, sin ser el de una persona excesivamente corpulenta, denotaba vigor y buen estado de salud.

Sobre su captura se daban diferentes versiones, cada una de ellas dependía de quién la contara, de si había sido solo un testigo de los hechos o había participado en la persecución del anarquista tras verlo disparar y huir. Plaza Olmedo había gatillado su revólver contra un grupo de personas que se encontraba en la esquina de calles Ahumada y Huérfanos —resultando impactados por las balas los jóvenes Carlos Consolin y Joaquín Guzmán—. Tras

su cometido huyó por calle Huérfanos hacia el poniente. Salieron en su persecución dos agentes de policía y varios transeúntes, dándole alcance frente al Teatro Royal e iniciándose un forcejeo con los agentes que lo atraparon, apellidados Farías y Torres de acuerdo al parte policial. Finalmente, el tirador fue reducido a lumazos y desarmado, y aunque lanzó golpes a los policías y transeúntes que intentaban lincharlo y le lanzaban piedras y patadas, no pudo con ellos y terminó en un calabozo de la 1° Comisaría de Santiago.

Los heridos fueron llevados al hospital, donde falleció Consolin, que había sido herido en el cráneo. Guzmán moriría nueve días después producto de las heridas en su vientre y columna vertebral.

*

Cumplidas las pesquisas, ordenadas por el juez, tras allanar la pieza que arrendaba Plaza Olmedo, se incautaron libros y diarios. Yacían en orden en un anaquel, alrededor del libro *El único y su propiedad* de Max Stirne, y sobre una silla, cancioneros catalanes y algunas lirás populares, entre ellas destacaba un ejemplar del N° 29 de la *Lira Chilena*, que mostraba algunas anotaciones en la página que contenía un poema de Carlos Pezoa Véliz. También se interrogó a David Fernández, quien le alquilaba la pieza donde vivía, y a sus vecinos, los que manifestaron tener la mejor impresión del acusado. De hecho, Luis González, uno de sus jefes —en su lugar de trabajo—, lo definió como un hombre sin vicios, responsable y atento. Solo les llamaba la atención la avidez con que leía la prensa obrera o algún libro en su tiempo de descanso, pues compraba muchos libros, afirmaron. Lo mismo sostuvo su arrendador.

—¿Qué tipo de libros compraba? —preguntó el policía durante el allanamiento.

—Libros de esos con ideas locas que publican los anarquistas, siempre andaba con muchos folletos, pero no molestaba a nadie, era muy cortés con todos y puntual en el pago del alquiler. Además, nunca lo vi ebrio, no bebía como lo hacen otros de su clase. Me cuesta creer lo que hizo. Salía todos los días a las seis de la mañana hacia su trabajo.

—Entonces se volvió loco de tanto leer esa basura —dijo el hombre de la ley, volviéndose hacia su compañero—, deberían fusilarlo de inmediato; lo mismo que a todos esos extranjeros españoles, italianos y argentinos que traen ideas absurdas y lavan el cerebro a nuestros obreros. Chile no necesita subversivos. Vamos, pon esas cosas en la bolsa y llevémoslas al tribunal —luego se dirigió nuevamente al casero—. ¿Lo visitaban muchos extraños?

—No, solo una o dos personas pude ver alguna vez que lo pasaban a buscar, jóvenes como él, creo que eran peluqueros según oía decir a una vecina de esas bien informadas que hay en el barrio.

—¡Ah— !exclamó el policía, lanzando una risotada—, una de esas viejas cahuineras que no faltan en esta ciudad y lo saben todo. Está bien, si necesitamos venir a inspeccionar nuevamente le avisaremos. Gracias por su testimonio. Hasta luego.

—Adiós señor.

✱

En las calles lo ocurrido seguía siendo tema en las conversaciones de los santiaguinos que circulaban por el centro de la ciudad. Salvo los ácratas, nadie decía una palabra en favor de la acción de Plaza. Todos contra Efraín, el libertario, el anarquista feroz, el asesino asesinando. Incluso *El Despertar de los Trabajadores* de Iquique entregó su veredicto: “Un loco anda suelto”, “Hazaña de un loco”, “El proceso contra la obra de un loco”, poniendo en duda su condición de anarquista y reflejando las discrepancias entre la Gran Federación Obrera de Chile (FOCH) y los grupos libertarios que en sus publicaciones apoyaban a Plaza Olmedo. Diferencia que se venía manifestando con notoriedad desde el 1 de mayo de aquel año, cuando entre cánticos y pancartas más de diez mil trabajadores marcharon por las calles enarbolando el grito de libertad y justicia. El hambre, las enfermedades, la mala paga y todas las injusticias sociales justificaban la organización de asociaciones obreras que batallaran por sus derechos en un comienzo de siglo donde los abusos de la oligarquía no cesaban de desangrar a los trabajadores. Dentro de estos gremios había algunos cuyos asociados promovían la vía violenta, que no era más que la respuesta a la violencia ejercida sobre ellos, y la acción de Efraín Plaza Olmedo era parte de esa respuesta.

Las diferencias, en cuando a las formas de lucha dentro del movimiento obrero, incluso se manifestaban entre las propias asociaciones de libertarios, y esto quedaba expuesto en sus publicaciones, pues no todos aprobaban la llamada acción directa. Aquello se reflejó en el caso de apoyar o no la acción de Plaza Olmedo, como, por ejemplo, *Luz y Vida* y *La Batalla* —que apareció por aquel tiempo—, que apoyaban con firmeza al ácrata caído. Por otro lado, *La Protesta*, que guardó un curioso silencio, y *El Productor*, que consideraba a Plaza Olmedo “un compañero maleado por la sociedad”, se moderaban en sus posiciones.

✱

El país estaba claramente dividido en clases antagónicas, irreconciliables, y eso se notaba sobre todo en Santiago, la capital, donde la distribución de la ciudad y sus edificaciones mostraba lo evidente, la segregación social. Al poniente de la Plaza de Armas de Santiago y del palacio de gobierno se encontraban muchos de los palacetes de las familias pertenecientes a la oligarquía criolla, aunque ya comenzaban a trasladarse hacia el sector oriente, en principio hacia la avenida Pedro de Valdivia y alrededores, evitando el centro de la ciudad.

La oligarquía chilena propietaria de la minería poseía la siútica idea de sentirse europeos, amaban las casonas jardín y las lujosas decoraciones francesas e inglesas.

La clase obrera estaba relegada al norte y sur de la ciudad, habitando una periferia donde se vivía en precarias condiciones. Abundaban los conventillos y los cités. Sobre todo, al norte del río Mapocho, hacia la Chimba y la Cañadilla. Muchos mineros habían emigrado hacia la capital pensando mejorar sus condiciones de vida, pero sucedió todo lo contrario.

La opulencia y la miseria se enfrentaban en la “gran” capital, donde sus habitantes convivían y se movilizaban a pie, en tranvías, carruajes y unos pocos autos, transitando por calles mal pavimentadas o adoquinadas, polvorientas en verano y barrosas en invierno. Allí, en ese escenario, de boato y podredumbre, se cimentaba el Chile del siglo XX y sus instituciones propietarias de la democracia. Todo aquel paisaje social se hacía más tenebroso y desolador debido al implacable invierno que azotó el país durante el año 1912.

II. “El ejército es la escuela del crimen” (dos meses antes)

III. El buen tono social (tras la manifestación de 1 de mayo de 1912)

IV. La cárcel y un adiós...

V. La justicia de Efraín Plaza Olmedo

VI. Los hermanos Puelma en escena (18 años antes)

VII. Ante el tribunal de alzada

VIII. La condena final de Plaza Olmedo y la represión a los ácratas durante los años 1912-1914

IX. De la penitenciaría de Santiago a la cárcel de Talca

X. El “Ruido de sables”, el indulto y la libertad

XI. ¿Asesinato o suicidio?

XII. Epílogo

Presentación de Ramón Díaz Eterovic

Durante las primeras décadas del siglo veinte, en Chile, el anarquismo tuvo una significativa presencia entre los movimientos obreros y estudiantiles que demandaban cambios en las relaciones laborales y en la organización social estructurada en beneficio de los grandes capitales. La capacidad de movilización y la representación de las demandas del trabajador pauperizado determinó que el anarquismo tuviera una significativa presencia en distintas organizaciones que propiciaron la expresión de los obreros en defensa de sus derechos. Dichas manifestaciones tuvieron en muchos momentos respuestas sangrientas de

parte de los policías y militares serviles a los gobiernos y partidos políticos de derecha que deseaban terminar con toda forma de protesta y rebeldía obrera.

El carpintero Efraín Plaza Olmedo fue parte de ese movimiento anarquista y su rebeldía contra el capital represor lo llevó a atentar contra la vida de dos jóvenes burgueses en lo que él llamó “una acción de honor y justiciera”. Pese a los escasos argumentos a favor de su acción y a la brutalidad de los castigos que debió soportar, Plaza Olmedo nunca se arrepintió de su conducta y se mantuvo fiel a su idea de implementar y sostener una justicia vengadora.

Alejandro Lavquén es un autor de larga trayectoria y a más de cien años de los hechos que narra, rescata la figura de Plaza Olmedo. En su novela recrea distintos episodios de la vida del anarquista, desde sus inicios en la acción política, pasando por el juicio al que fue sometido, sus largos años de presidio, hasta su indulto y supuesto asesinato en 1925 mientras recorría el camino que lo llevaba a las chacras de Conchalí. Junto con lo anterior, el libro entrega una valiosa información sobre las movilizaciones obreras de la época e invita a reflexionar sobre la realidad política de nuestros días, cuando la derecha vuelve a ejercer su dominación en los ámbitos políticos, económicos y comunicacionales. Un libro escrito con la energía testimonial que convierte cada palabra en dardos que invitan al conocimiento y la acción.